

Moral y economía

En la carta de nuestro amable contradictor encontramos el último párrafo fuera de contexto. Allí leemos:

"Respecto de la nota siguiente aparecida en la edición del jueves 10 (de enero), habría más para decir. Cosas que suceden cuando el economista se pone a hablar de teología o de moral... Pero lo dejamos por aquí".

Pensamos que los lectores de nuestra sección "cartas" deben haberse sentido defraudados por este párrafo. Si el articulista de **Búsqueda** ha incurrido en errores graves al salirse de la economía, e incursionar en moral y religión, ellos querían saberlo de labios de quien posea autoridad para corregirlos. Si no son graves, ¿a qué la mención?

El propio director de **Búsqueda** querría decir algo sobre tal incursión suya fuera del campo de la economía. Parafraseando a Terencio, querría explicar que, siendo hombre, de las cosas de Dios y el bien no puede desentenderse. Y que, cuando se arriesga más allá de las fronteras de la ciencia económica, y con ello se expone a volverse más vulnerable que de costumbre a las fuerzas del error, lo hace por un imperativo vital de diálogo; y que sus tesis conllevan llamados fervorosos, y raramente escuchados, de antítesis.

Confiamos en que nuestro grato corresponsal convenirá con nosotros en que su carta dejó inconclusa una tarea, y que se halla implícitamente comprometido a llevarla adelante. Para ello tiene las páginas de **Búsqueda** abiertas de par en par.

que lo que unos ganan otros lo pierden.

L. von Mises llamó a esta idea **dogma de Montaigne**, y el error que entraña es inequívoco, pese a la fascinación que ha ejercido a través de los siglos, incluso para poderosos intelectos. Pero lo que aquí nos interesa sostener es una proposición algo más débil que ésta. Nos interesa sostener que el juicio que vincula, con necesidad la riqueza de los menos a la pobreza de los más es (1) de carácter científico, y (2) no forma parte del consenso de los economistas profesionales, de modo tal que no pueden invocarse en su apoyo opiniones autorizadas. Con eso basta para que deba aceptarse que las proposiciones que nuestro articulista calificó de científicas, y no de morales, poseen efectivamente ese carácter.

Las cuestiones éticas en economía siguen pareciéndonos básicamente centradas en el valor de la honestidad intelectual, y el deber (tan desatendido por los moralistas) de la lucidez. La economía no es un juego de suma cero, afortunadamente, porque ello permite que el área de la pobreza pueda ser indefinidamente reducida.

Pero también, por desgracia, con la consecuencia de que la aplicación en ella de ideas erróneas sobre el ser de las cosas deba ocasionar decrementos del nivel universal de bienestar, por buenas que sean las intenciones con que las ideas falsas se esgriman.

ría económica como la experiencia histórica. Esto muestra con notable elocuencia que el número de los "prósperos" crece rápidamente con el bienestar de las masas. La teoría enseña que los ingresos se generan y distribuyen a los distintos agentes dentro de un sistema de producción, en el cual la acumulación de capital físico y humano tiene consecuencias que en parte se vierten en beneficios externos al inversor (un empresario que invierte o innova vuelve más productivo el trabajo, por tanto eleva el salario real, un obrero que se capacita vuelve más productivo el capital por tanto eleva la renta de sus propietarios).

La idea de que la riqueza de los pocos se deriva de la pobreza de los muchos, o que ésta es intrínseca a aquella, no es una idea original de nuestro contradictor. Fue sumamente popular entre los siglos XVI y XVIII durante la época mercantilista de la teoría económica. Montaigne por ejemplo, en 1580, escribía: "La ganancia de un hombre es el perjuicio de los demás... nadie prospera sino por la pérdida ajena". E. Heckscher, en su obra clásica sobre el mercantilismo, trae además citas semejantes de Bacon, Monchrétien y Colvert. Como lo señala el célebre economista sueco, tales proposiciones reposan sobre una concepción estática de los recursos disponibles. En efecto si la riqueza es un acervo dado, la actividad económica se reduce implícitamente a un juego de suma cero, en

director sobre los obispos norteamericanos (enero 3) reformula el planteamiento que allí se hacía sobre los objetivos y restricciones de la política económica. El articulista de **Búsqueda** había escrito: "la solución debe estar en la determinación de cómo pueden conseguirse la reducción de la pobreza y el paro, y cómo es posible reducir la desigualdad sin afectar la prosperidad". Estas cuestiones no son morales sino científicas. "Luego de anunciar una discrepancia **sustancial** nuestro distinguido corresponsal reformula aquel pensamiento en estos términos: "¿cómo es posible reducir la pobreza sin afectar la prosperidad (de unos pocos)?" Y en seguida aclara:

"Porque los términos de la oposición no están entre desigualdad y prosperidad, sino que la desigualdad es intrínseca a la "prosperidad" de esos **pocos**... Entonces no podemos decir tan fácilmente que es una cuestión científica y no moral..."

De manera muy clara, la premisa básica de la réplica del P. Pérez Aguirre es la proposición: **la desigualdad, y por lo tanto la pobreza de los muchos es intrínseca a la prosperidad de los pocos.**

Es decir, no puede existir ésta ni aquella. Sin duda se trata de una proposición positiva, no normativa; sobre el ser de las cosas, no sobre su deber ser; científica, no moral.

Esa premisa carece de toda sustentación, tanto en la teo-

Encontrarnos con los que piensan de manera diferente, sobre la arena de la razón, para intercambiar argumentos y definir discrepancias, ante un público dispuesto a escuchar, juzgar, razonar y formar sus propias conclusiones: he aquí una de las vertientes de la vocación de **Búsqueda**.

La otra, que consiste en servir al mismo público suministrándole información, de la manera más objetiva, que le sea dado, posee con la primera una relación estrecha, que sería ocioso elucidar para nuestros lectores.

De hecho, la primera de esas dos misiones nos va resultando la más difícil de cumplir. Llamados a un gregario diálogo socrático, nos vemos por regla general reducidos a una solitaria cogitación cartesiana. O, si se nos permite cambiar la metáfora, una vez calzados los guantes dialécticos, nos vemos constreñidos a hacer "shadow boxing", mientras nuestros potenciales contrincantes insisten en empuñar los garfios del ataque personal, o citar a quien desee enfrentarles a una espesa selva, donde una variada fauna emocional se apresta a intervenir inopinadamente en cualquier encuentro.

Por tales vocacionales razones encontramos particularmente grata una manifestación de desacuerdo como la que transmitió la carta del R.P. Luis Pérez Aguirre S.J., que publicamos en la última edición, la cual fue vertida en un marco de cortesía, y hasta de amabilidad, que nos mueve a continuar el diálogo.

El P. Pérez Aguirre, luego de citar el artículo de nuestro